

SOLDADO Y ESTADISTA ILUSTRADO

El conde de Aranda brilló como hombre de Estado del siglo XVIII español, pero ante todo fue un militar valiente en el combate y en su afán de promover un ejército más eficaz

FALLECIDO en Épila (Zaragoza) el 9 de enero de 1798, el conde de Aranda ha pasado a la historia por ser un destacado político y diplomático español del siglo XVIII. Sin embargo, y aunque fue cuestionado por sus opiniones críticas y difícil carácter —que le valieron una «leyenda negra» perpetuada hasta nuestros días—, Pedro Pablo Abarca de Bolea y Ximénez de Urrea se reveló, ante todo, como un soldado vocacional, obsesionado por conseguir la mayor eficacia castrense.

Testigo y protagonista de una época en la que el Ejército evolucionó mucho, el aristócrata ingresó en la milicia como un ejemplo paradigmático de oficial de la alta nobleza abocado a una carrera meteórica hasta los más altos empleos.

AL SERVICIO DE LA CORONA

Sirvió lealmente a cuatro reyes, de Felipe V a Carlos IV, y destacó por su arrojo en el frente —fue herido varias veces—, así como en la organización y la administración castrenses. Además, impregnó su acción política de espíritu militar y estuvo dotado de una gran visión estratégica y geopolítica de las realidades que afectaban a España.

El futuro X conde de Aranda, título aragonés creado en el siglo XV y hoy parte de la Casa de Alba, nació en Siétamo (Huesca), en septiembre de 1719.

Su padre, Pedro Ventura de Alcántara, de la alta aristocracia zaragozana, añadió a sus muchos títulos el condado de Aranda en 1723; su madre, María Josefa López de Mendoza, provenía de la nobleza catalana y, en total, el futuro



Pedro Pablo Abarca de Bolea, X conde de Aranda (Museo de Huesca, NIG 03569).

secretario de Estado llegó a reunir 23 títulos nobiliarios en su persona.

Educado en los jesuitas de Zaragoza, con nueve años de edad (1728) acompañó a su padre a Bolonia (Italia), donde este asumía el mando del Regimiento de Infantería *Inmemorial de Castilla, Inmemorial del Rey* a partir de 1766.

El renovado Ejército español, surgido de la Guerra de Sucesión, iba a luchar contra Austria por el derecho del tercer hijo de Felipe V y futuro Carlos III sobre el Ducado de Parma, proclamado Rey de Nápoles y Sicilia (1735).

Abarca —aún en Italia— ingresó a los 15 años en el Colegio de Nobles de Parma, de donde, al parecer, se escapó para unirse al regimiento de su progenitor, que entraba de nuevo en campaña contra los austriacos.

CAPITÁN DE GRANADEROS

Finalizada esta, el entonces duque de Almazán, título tradicional del primogénito de los Aranda, permanecería en la península Itálica hasta concluir sus estudios de humanidades y arte militar en Parma, ya en 1740.

Regresó entonces a España y en el mes de junio, con apenas 21 años, seguramente a petición de su padre y por «real gracia», fue nombrado capitán de granaderos del Primer Batallón del *Inmemorial*. El monarca también le concedería el grado de coronel de Infantería.

Poco después, la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748) le envió de nuevo a combatir a Italia. En esta ocasión, el joven capitán Abarca iba a heredar el mando del regimiento liderado por su progenitor.

Fue en febrero de 1742, tras la muerte de este. Además, al año siguiente, fue herido en la confusa batalla de Campo Santo (Lombardía). Su unidad, situada en vanguardia, fue diezmada, parece ser que con el concurso de «fuego amigo».

El ya X conde de Aranda estuvo 24 horas entre cadáveres y llegó a ser dado por muerto hasta que le rescató su asistente. A modo de recompensa, Felipe V le ascendió a brigadier por una acción en la que destacaron su intuición y ejemplaridad, virtudes básicas de su mando en aquellos momentos difíciles.



Pepe Díaz

Busto del conde de Aranda en la exposición sobre la ayuda de España y su Armada a la independencia de EEUU, Museo Naval (octubre 2022-abril 2023).

Visión geoestratégica

UNO de los principales biógrafos militares del conde de Aranda, José Izquierdo Navarrete, recalca como este tuvo una especial sensibilidad para percibir la aparición de un nuevo orden geopolítico, especialmente en el último tercio del siglo XVIII, y proponer los instrumentos adecuados para afrontarlo, basándose siempre en el principio del realismo.

Intuyó la íntima relación que existía entre los dominios europeos y ultramarinos de la Corona española y precisó, con gran acierto, los riesgos que se cernían sobre el horizonte, proponiendo las soluciones que consideraba más adecuadas para cada uno de estos escenarios.

Precisamente, estas valoraciones y soluciones, propuestas con antelación y que evolucionaron con los años, han sido en gran medida las causantes de las muchas críticas y prejuicios existentes en torno a la figura del conde. Sin embargo, se basaron siempre en la sólida formación militar de Aranda y en la amplísima información que recopiló.

PUNTOS DÉBILES Y ALIANZAS

Ante todo, consideró desde muy pronto que la amenaza permanente y en continuo crecimiento para España, especialmente en el ultramar, era Gran Bretaña.

Sin renunciar a la lucha si era necesaria, cada vez fue más partidario de mantener en el escenario europeo una neutralidad armada, evitando el enfrentamiento con Francia y fomentando la permanente alianza antibritánica. Cuestión que consideró incluso con el régimen surgido a raíz de la Revolución de 1789.

Por todo ello, su visión como estadista se centró en la consecución de un ejército y, aún más, de una Armada renovados, técnicamente muy preparados y dotados.

VISIÓN DE AMÉRICA

En el escenario americano, es interesante señalar como Aranda receló desde muy pronto de la rebelión de las Trece Colonias, haciendo evolucionar sus planteamientos.

Predijo cómo Estados Unidos, nacido como «una república federal pigmea» que necesitó la ayuda de franceses y españoles para conseguir la independencia, se «tornará gigante» un día y «solo pensará en su engrandecimiento».

El conde previó como ese crecimiento se haría a costa de territorios españoles, que serían muy difíciles de defender.

La independencia de las colonias británicas también despertó en el estadista el temor del mal ejemplo que supondría en la América española, sustentando el independentismo criollo.

Con su tradicional criterio práctico y realista, Aranda ofreció su solución para evitar tener que desarrollar y mantener desde la metrópoli un enfrentamiento creciente, tanto con Estados Unidos como con Inglaterra y Portugal, en la vastísima y muy diversa América española.

Para el conde, la Corona se debía desprender de todos los territorios, quedándose solo con Cuba, Puerto Rico y algún otro territorio en el sur.

Propugnaba crear los reinos de México, Perú y de la Tierra Firme, colocando como monarcas a tres hijos del rey de España y quedando este como emperador.

consideraban que las reformas invadían sus competencias o temían, acaso, las consecuencias de fraudes descubiertos.

Cansado de intrigas, el 24 de enero de 1758, el conde elevó a Fernando VI un memorial en el que, tras enumerar lo hecho y los agravios recibidos, pedía no solo su retiro del puesto de director general de Artillería e Ingenieros, sino del Ejército, al valorar que había fracasado. Lo que le fue aceptado de inmediato.

EL FIASCO DE PORTUGAL

Aranda se retiró a Aragón, pero por poco tiempo. En octubre de 1759, fue a cumplimentar al nuevo rey, Carlos III, recién llegado a España y de visita en Zaragoza. Se ignora qué conferenciaron, pero en marzo del año siguiente, el conde regresó al Ejército, con su graduación, sueldo y antigüedad.

Además, un par de meses después, fue nombrado embajador ante el rey de Polonia y elector de Sajonia, Augusto III, suegro del monarca.

Al amparo de una guerra, la de los Siete Años (1756-1763), en la que España era neutral, las impunes y repetidas agresiones británicas obligaron a la Corona hispana a reabrir la lucha contra Londres entre 1762 y 1763. En ese marco, se libró una breve contienda con Portugal, tradicional aliado inglés. Fue la llamada «Guerra Fantástica», porque no registró ninguna verdadera batalla.

La lenta actuación inicial del ejército español, liderado por el marqués de Sarriá, hizo que se llamara a Aranda para que dinamizara las operaciones, pero poco pudo hacer. Encontró unas fuerzas con abrumadoras carencias logísticas y desmoralizadas, mermaidas por miles de bajas, entre muertos, enfermos, prisioneros y desertores; y frenadas por guerrilleros portugueses, reforzados por unidades británicas.

El conde tuvo que replegarse y pedir el alto el fuego. Fue la primera y única campaña en que Abarca actuó como general en jefe. Nunca más se le otorgó de nuevo ese destino, aunque lo solicitó reiteradamente en operaciones posteriores.

En febrero del 63, se le designó como presidente de la junta militar que juzgó al gobernador y oficiales que rindieron La Habana (Cuba) a los ingleses y permitieron la captura de diez navíos de línea en agosto de 1762.

Aranda renovó los cuerpos de Artillería e Ingenieros e impulsó mejoras urbanísticas de utilidad defensiva

Durante el proceso, el 3 de abril de 1763 fue ascendido al empleo de capitán general. Alcanzaba, así, el culmen de la carrera militar con 44 años.

Al finalizar la guerra, España recuperó Cuba y recibió la Luisiana de Francia, pero perdió la Florida en favor de Gran Bretaña.

A partir de ese momento, el escenario del Caribe se convirtió en un tema de gran interés para Aranda. Incluso, preparó un detallado plan para reforzar y mejorar la defensa, la administración y la economía de la Isla dirigido a su nuevo gobernador, el teniente general conde de Riela y primo suyo.

MILITAR POLÍTICO

La vertiente más política del conde se inició con su designación, el año 64, como capitán general de los reinos de Valencia y Murcia. El cargo suponía el ejercicio de la responsabilidad militar, la política de gobernador y la judicial de presidente de la Audiencia.

El destino de Aranda fue en realidad un destierro dorado promovido por el privado marqués de Esquilache, a quien Abarca de Bolea responsabilizaba del deficiente sistema logístico que se había puesto de manifiesto —y perjudicado a los intereses de España— durante la guerra con Portugal por los fraudes en los abastecimientos.

Dos años después, tras una eficaz gestión en Levante, Aranda fue destinado a Madrid como presidente del Consejo de Castilla y capitán general de Castilla La Nueva, al estallar el Motín de Esquilache en marzo de 1766 y tenerse que refugiar el rey en Aranjuez (Madrid). Esta revuelta justificó la expulsión de los jesuitas, achacada tradicionalmente al conde, aunque, en realidad, no tuvo ninguna responsabilidad en ella.

A continuación, llegaron tiempos de una ingente actividad de Aranda en los más diversos campos civiles (administrativos, urbanísticos, económicos...), eclesiásticos y militares. En este último, participó activa y polémicamente en el proyecto de las *Reales Ordenanzas de 1768* y en la *Real Ordenanza de Reemplazo Anual*

de 1770, mostrándose muy crítico —por ser ineficaz— con el sistema de milicias y totalmente partidario de un Ejército profesional sobre la base del reclutamiento voluntario.

Esto le enfrentó con otros militares, parte de la nobleza y políticos, como Campomanes o el conde Floridablanca. Dicha situación sirvió al primer secretario de Estado —y acérrimo enemigo—,

focalizada en la difícil relación con la Francia revolucionaria.

Siempre se opuso a una guerra para la que consideraba que el Ejército español no estaba preparado y de la que nuestro país no obtendría ventaja alguna. Enfrentado con el monarca por estas opiniones, fue destituido en 1793 y reemplazado por Manuel Godoy, desterrado, procesado y encarcelado.



Asalto inglés al Castillo del Morro (Cuba), episodio de la Guerra de los Siete Años, juzgado por Aranda y evocado en la muestra sobre Carlos III (M. Arqueológico, 2017).

Pablo Grimaldi, para alejarlo de la corte y enviarlo de embajador a París (1773), donde permaneció catorce años.

Nunca dejó de ofrecerse voluntario para participar en todas las acciones militares que se desarrollaron en esos años. Tampoco dejó de criticarlas con un preciso realismo técnico militar.

Regresó a España en 1787, pero no volvió a ocupar un cargo político hasta que, en 1792, Carlos IV le designó para ser Primer Secretario de Estado. Fue solo unos meses y su acción estuvo

La Guerra de la Convención (1793-95) estalló poco después. Lo más irónico fue que en los triunfales primeros momentos de la misma —luego resultaría desastrosa— se aplicaron los planes de campaña preparados disciplinadamente y en secreto por el X conde de Aranda, para el ataque a Francia.

En 1795, se permitió a Abarca retirarse a su palacio de Épila, donde vivió hasta su muerte en 1798, de la que este 2023 se cumplen 225 años.

Alfredo Florensa